

CAPITULO CLI.

Manifiesto de neutralidad de la emperatriz de Rusia.—Toma de Panzacola.—Expedicion contra Menorca.
Famoso y desgraciado sitio de Gibraltar.

A consecuencia de una idea iniciada por Floridablanca, en el año de 1780 apareció un manifiesto de Catalina II, emperatriz de Rusia, en el cual se proclamaba el sistema de la neutralidad armada, para defender los géneros cubiertos con el pabellon neutral, y todas las potencias marítimas lo adoptaron, excepto Inglaterra.

Holanda, cuyo comercio era más vejado por los ingleses, reconoció la independencia de los Estados-Unidos y declaró la guerra á la Gran Bretaña, á consecuencia de lo cual entablóse una negociacion secreta entre el Gobierno español y el ingles.

El objeto del ministro británico era indisponer á Francia contra España, viendo que ésta negociaba separadamente; y el de Floridablanca, obligar á la corte de Paris, por el temor de ser abandonada de los españoles, á concurrir á la empresa contra Mahon, á lo que se había negado hasta entónces.

Cuando el ministro español hubo conseguido del frances lo que deseaba, rompió la negociacion con los ingleses, inútil ya y engañosa por ambas partes.

Entre tanto D. Bernardo de Gálvez, resuelto á apoderarse de Panzacola, capital de la Florida, pasó á la Habana en la estacion del invierno, para acelerar los preparativos del sitio, y efectivamente á principios del año, habiendo reunido un cuerpo expedicionario de ocho mil hombres, se dirigió á aquellas costas.

Un terrible huracan le hizo perder algunos de sus buques y en ellos dos mil soldados, y volvió á la Habana para repararse.

La escuadra de Solano, que ya había llegado á Cuba, le proporcionó refuerzos, con los cuales se dió á la vela al frente de cinco mil hombres escoltados por cinco navios de línea, siguiéndole el resto de la armada.

Con estas fuerzas de tierra y mar desembarcó sin oposicion y atacó la plaza.

La guarnicion, compuesta de muy poca tropa reglada, y de extranjeros, negros é indios, en su mayor parte, hizo sin embargo grande resistencia.

Mientras los españoles hacían fuego sobre las fortificaciones exteriores, se incendió el principal repuesto de pólvora de los sitiados, y entónces Gálvez, aprovechándose del desórden que produjo este accidente, se apoderó de las obras que defendían el recinto, y barrió desde ellas con los fuegos menores todos los puntos fortificados de la muralla.

El gobernador ingles, viendo completamente imposible la resistencia, capituló, y la guarnicion, compuesta de ochocientos hombres, obtuvo los honores de la guerra.

Con la rendicion de Panzacola toda la Florida occidental cayó en poder de los españoles.

Francia y España meditaban ya por este tiempo, segun indicamos, además de la conquista de Menorca, las de Gibraltar y Jamaica.

El Gobierno español emprendió primero la de Menorca, teniendo las consecuencias de una negociacion que los agentes ingleses habían entablado con el príncipe Potemkim, privado de Catalina II, para entregar aquella isla á Rusia, si por su mediacion lograba la Gran Bretaña una paz ventajosa.

Además, Puerto Mahon era el único asilo de los corsarios y de los buques ingleses de guerra y comercio, en lo interior del Mediterráneo.

Preparóse la expedicion, no en las costas de Cataluña, sino en Cádiz, para que se creyese destinada contra Gibraltar, ó contra las islas inglesas de América.

La expedicion salió del puerto el 22 de julio con las escuadras española y francesa, y éstas se dirigieron al Océano, mientras los transportes, con ocho mil hombres de tropa al mando del duque de Crillon, pasaron al Mediterráneo escoltados por dos navios de línea, muchas fragatas y otros buques de guerra.

La expedicion llegó á Menorca sin que los ingleses tuviesen noticia de ella.

Las tropas del marqués de Aviles se apoderaron de Ciudadela, y el marqués de Peñafiel ocupó á Fornella; el cuerpo principal tomó posicion cerca de Mahon, tomó el arsenal y los almacenes marítimos, y obligó al gobernador ingles Murray á encerrarse en el fuerte de San Felipe, que rodearon al punto las tropas españolas reforzadas con cinco mil franceses procedentes de Tolon.

El 6 de enero, al rayar el día, comenzaron un fuego espantoso ciento cincuenta piezas de grueso calibre asestadas contra la plaza.

La resistencia de su guarnicion fué brillante; pero disminuyó á proporcion de los estragos que hacía en las tropas el escorbuto, originado del aire infecto de las casamatas y de la falta absoluta de alimentos vegetales durante un bloqueo largo y riguroso.

Incendióse además el almacén principal donde estaba la botica, y la defensa se prolongó hasta que ya no hubo soldados bastantes para cubrir los puestos.

Entónces el gobernador no tuvo más remedio que ceder, y el duque de Crillon cegó una parte de la guarnicion por los españoles hechos prisioneros durante el sitio, y permitió á los demas pasar á Inglaterra bajo condicion de no servir contra Francia ni España.

Restaurada Menorca, se emprendió la expedicion de Jamaica y el sitio de Gibraltar, que eran las otras dos empresas que, como hemos dicho, tenía proyectadas el Gobierno español.

Para la conquista de aquella isla se reunió en la de Santo Domingo una escuadra española de once navios de línea con veinte mil hombres de tropas de desembarco á las órdenes del general Gálvez, el cual esperaba se le juntase otra escuadra francesa que venía de Brest con nueve mil hombres de desembarco, á fin de asegurar el éxito.

Pero los franceses fueron batidos por Rodney, y la escuadra española contentóse con tomar las islas de Bahama, que no tardaron en volver al poder de los ingleses, aprovechándose perfectamente de las circunstancias.

Entre tanto se preparaban nuevos desastres á las armas de las dos coronas en el sitio de Gibraltar.

Confióse la direccion del sitio al vencedor de Mahon, y se adoptó el funesto plan de las baterías flotantes, inventado por el caballero D'Arzon, ingeniero frances, por recomendacion eficaz del Gabinete de Versalles y con aprobacion del rey de España, aun cuando contra la opinion del duque de Crillon.

Las flotantes debían acometer á la plaza por la parte del mar; y cuando hubieran abierto brecha, habían de desembarcar las tropas, que estaban en un gran número de buques sutiles, y marchar al asalto.

La guarnicion de Gibraltar, aunque había sido socorrida en dos ocasiones burlando la vigilancia de las escuadras aliadas, sufría mucho por el estrecho bloqueo de tierra y mar: mas era escogida y valerosa, y tenía á su frente á Elliot, nombre ilustre en los fastos militares de Inglaterra, donde ocupaba un lugar muy distinguido.

En una salida había destruído las trincheras de los sitiadores, y aunque las volvieron á abrir con sumo ardor, no les quedaban esperanzas de hacer progresos por tierra.

El 13 de setiembre por la mañana se presentaron diez flotantes hacia la parte que media entre el muelle viejo y el bastion real; mas no pudieron acercarse tanto como hubiera querido el autor del proyecto.

Inmediatamente rompieron fuego las baterías de tierra y mar, el cual fué constante y terrible todo el día.

Las flotantes resistieron á la bala roja, merced á su misma construccion, que permitía se las estuviere regando continuamente, á fin de impedir cualquier percance.

Pero la *Tallapiedra*, donde estaba el ingeniero D'Arzon, y que se había regado poco por no mojar la pólvora, se incendió por una bala roja que no se pudo apagar, y presto se comunicó el incendio á otras, produciéndose de aquí una confusion extraordinaria.

No se habían tomado precauciones para la retirada; ni las fuerzas sutiles podían socorrer las flotantes, porque lo impedían los cañoneros ingleses.

D. Ventura Moreno, general de marina, dió orden de poner en salvo las tripulaciones y quemar las flotantes, para que no cayesen en poder del enemigo.

Pero esta disposicion, ejecutada en medio del desórden que produjo el incendio de la *Tallapiedra*, produjo un aturdimiento general que aumentó el estrago, porque aun no estaban evacuadas de gente cuando comenzaron á arder.

En esta desdichada empresa perecieron mil doscientos hombres; y la mortandad hubiera sido mayor, á no ser por los ingleses, que inmediatamente lanzaron los botes al agua, y corriendo en todas direcciones, salvaron con riesgo de su vida á muchos infelices.

Sin embargo, á pesar de la ruina de las flotantes, todavía se conservaba la esperanza de que la guarnicion de Gibraltar, que carecia de víveres y municiones, y que además estaba fatigadísima, no tendría más remedio que sucumbir.

Pero una tempestad que sobrevino el 10 de octubre, y que causó muchas averías á la escuadra del bloqueo, permitió al almirante Howe introducir un gran convoy en la plaza y volverse, sin que la armada española y francesa pudiese cortarle la retirada ni obligarle á entrar en accion.

Entre tanto el Gobierno español, libre de otros cuidados, se dedicó á reprimir las piraterías de los argelinos, para lo cual resolvió poner fin al estado de guerra eterna que existía, á lo ménos diplomáticamente, entre España y Turquía.

Envióse á Constantinopla á D. Juan de Boulligny, comerciante de Cádiz, que en sus viajes á Levante había estudiado los usos y costumbres de los turcos, y que tenía, como es consiguiente, muchas relaciones con ellos, el cual, á pesar de la oposicion de los agentes diplomáticos de las demas potencias que no querían tener un concurrente más en el comercio de Oriente, logró concluir un tratado de paz y comercio con la Puerta con las mismas ventajas mercantiles de que gozaban las naciones más favorecidas por tratados anteriormente ajustados.

A consecuencia de esto el pabellon español apareció por la primera vez en Levante, estableciéndose consulados en los puertos de Turquía, y creándose una embajada en Constantinopla: instituciones que debían reportar ventajas al comercio de nuestra nacion.



D. MELCHOR GASPAS DE JOVELLANOS.

CAPITULO CLII.

Paz entre Inglaterra y Francia.—Fallecimiento de Carlos III.—Movimiento intelectual de España durante su reinado.
Sucédele su hijo Carlos IV.

DURANTE la campaña de que acabamos de ocuparnos empezaron en París las negociaciones para la paz.

Inglaterra, perdida la esperanza de recobrar sus colonias de Norte-América, reconoció la independencia de los Estados Unidos el 30 de noviembre, concediéndole al mismo tiempo el derecho de pesca en el Banco de Terranova, lo que allanó las dificultades que había para la pacificación general.

España pedía, como una condición indispensable, que se le restituyese la plaza de Gibraltar, y llegó á ofrecer en compensación, bien la parte española de la isla de Santo Domingo, ó bien Oran y Puerto-Rico.

Pero al fin hubo de ceder, dándole como indemnización la Florida oriental: el 30 de enero se firmaron los preliminares y el 3 de setiembre el tratado definitivo de paz, el más glorioso de cuantos firmó España desde el de Verwins en tiempo de Felipe II, pues adquirió por él las dos Floridas y la isla de Menorca.

El mismo año se sosegaron las turbulencias del Perú, turbulencias promovidas por Tupac-Amaru, ayudado por varios deudos y amigos, siendo ajusticiados algunos y sometidos otros, con lo cual cesaron los alborotos.

Entre tanto una escuadra española, mandada por Barceló, bombardeaba á Argel; y al año siguiente hizo lo mismo, prometiendo repetir la misma visita todos los años.

Entabláronse negociaciones, por mediación del Gran Señor y del emperador de Marruecos, con todas las regencias berberiscas; el dey de Trípoli hizo la paz con España el 10 de setiembre de 1784, y los argelinos, temerosos en 1785 de la repetición del bombardeo, y movidos por las órdenes de la Puerta y las amonestaciones del emperador de Marruecos, entraron en negociaciones.

Mas no se pudo concluir sino una tregua, porque el dey de Argel pedía dos millones de duros, hasta que finalmente el 14 de junio de 1786 se firmó la paz.

Fué preciso regalarle catorce millones de reales; pero esto era nada en comparación de las ventajas que alcanzaba el comercio y la navegación española en el Mediterráneo, libre del temor de los piratas, y la agricultura de las costas orientales de la Península, que, poco ántes casi desiertas, se convirtieron en deliciosos verjeles.

En Holanda había dos partidos: el republicano, protegido por Francia, y el de Estatuder, favorable á Inglaterra.

Este último triunfó con el auxilio de los prusianos, cuyo rey tenía una hermana casada con el Estatuder.

Carlos III prometió sus auxilios á Francia para sostener á sus amigos; pero Luis XVI, cuya hacienda estaba en miserable situación, y en cuyo reino circulaban ya las doctrinas republicanas, no podía emprender una guerra, y se limitó á abrir negociaciones bajo la mediación de España.

En 1787 se terminó por un convenio amistoso la desavenencia entre Inglaterra y Francia con respecto á Holanda, y la de esta república con España relativa al comercio de los españoles de Filipinas.

Los holandeses, apoyados en un artículo de la paz de Westfalia, pretendían que este comercio se hiciese, no por el cabo de Buena Esperanza, sino por el de Hornos, derrotero mucho más largo y peligroso.

Floridablanca sostuvo con firmeza los principios de la libertad marítima, y la cuestión se decidió á favor de España.

Carlos III, aunque de un temperamento robusto, cedió á las fatigas de la caza, su diversion favorita, y á los pesares que le causaba la triste prevision de los infortunios que iba á producir en Francia la revolucion inminente, y enfermó, falleciendo el 13 de diciembre de 1788, á los setenta y dos años de edad y veintinueve de reinado en España.

De su esposa la princesa Amalia de Sajonia tuvo los siguientes hijos: la infanta D.ª María Luisa, que casó con Leopoldo, gran duque de Toscana y despues emperador; el infante D. Felipe Pascual, excluído de la sucesion por falta de uso de la razon; Carlos, que le sucedió en el trono de España; María Teresa, que falleció niña; Fernando IV, rey de Nápoles; el infante D. Gabriel, que casó con D.ª María Victoria, infanta de Portugal; María Josefá, los infantes D. Antonio Pascual y D. Francisco Javier, que fallecieron sin sucesion, y otras cuatro infantas que murieron muy niñas.

Carlos III fué amable, buen esposo y buen padre; amante del trabajo, instruído, aficionado á las reformas hechas á tiempo y que no comprometiesen su dignidad y el bien público: apreciaba á la Francia, á la cual estuvo unido, pero sin la dependencia que sufrió su padre Felipe V.

El único defecto que se le notó fué su afición á la caza, que le hacía olvidar frecuentemente los negocios y tal vez la mansedumbre que le era natural cuando tenía que castigar la violacion de los cotos reales.

Su reinado fué el más glorioso y feliz que tuvo España desde Felipe II, á pesar de los desastres de la primera guerra con los ingleses y del aumento de la deuda pública que produjo la segunda.

Los intereses del comercio y de la industria, tan descuidados en

los últimos reinados de la dinastía austriaca y que no empezaron á dominar en la política española desde el ministerio de Riperdá, fueron el objeto principal de los cuidados de Carlos III; á ellos dirigió las operaciones de su diplomacia y ellos dictaron todas las reformas y mejoras interiores.

Creóse entónces un espíritu verdaderamente nacional, empleado constantemente en promover los progresos de las ciencias, las artes, y todas las obras y proyectos favorables al bienestar de los pueblos.

Al mismo tiempo que España adquiría gloria y mejoraba su situación interior, el buen gusto se introducía en la literatura y las artes.

Moratin el padre, Ayala, Huerta, Llaguna, el maestro González y Cadalso propagaron los buenos principios y restablecieron la versificación del siglo XVI.

Al fin apareció Meléndez, y España tuvo en él un Anacreonte, un Tibulo y un Horacio, como dice muy oportunamente un historiador de nuestros días.

Sus obras fueron el modelo de los poetas líricos que le sucedieron, mientras el gran Jovellanos perfeccionaba el estilo prosaico y daba los primeros detalles de su genio Moratin el hijo, fundador de la nueva comedia española.

Cultivaron el apólogo Samaniego é Iriarte; y este último, más notable por el gusto é irregularidad que por la fuerza del estilo, anunciaba en su *Señorito mimado* los brillantes días de la escena cómica que se siguieron.

Cuando Carlos IV subió al trono, tanto por su edad como por la rectitud de sus intenciones, que era conocida, así que por su instrucción no vulgar y su inteligencia en los negocios, pues desde el ministerio de Grimaldi había sido admitido en el Consejo, España esperó uno de los más felices reinados, mucho más cuando vió que el nuevo Rey conservaba en el ministerio al hombre elegido por su padre; pero la revolucion de Francia engañó esperanzas tan bien fundadas.

Luis XVI, obligado por la penuria de su erario, reunió los Estados generales del reino, cerrados desde los principios del siglo XVII, pero bajo las formas antiguas favorables á los privilegios del clero y de la nobleza, y por tanto poco conformes con las ideas del siglo.

El 5 de mayo de 1789 empezó el congreso. El tercer estado, más numeroso y compacto que los privilegiados, se constituyó por su propia autoridad en asamblea nacional, se apoderó de la soberanía, y comenzó la revolucion bajo los auspicios del pueblo de la capital, que demolió la Bastilla y trajo por fuerza la familia real de Versalles á Paris.

Este suceso, por decirlo así, paró el movimiento diplomático de Europa, y fijó la atención universal del mundo político, señaladamente de la corte de España, ligada á Francia por los vínculos de alianza y parentesco.

Un asesino hirió alevosamente al conde de Floridablanca, y fué preso, juzgado y sentenciado á muerte.

Era de nacion frances, y se atribuyó generalmente aquel atentado á algunas de las sociedades revolucionarias de Francia.

Floridablanca era un enemigo temible para la revolucion, no sólo por sus habilidades diplomáticas, sino tambien por las fuerzas respetables de la nacion que dirigía.

Mientras el ministro español se preparaba á luchar contra la revolucion francesa, sostenía la dignidad y los derechos de su patria, vulnerados por las invasiones del comercio ingles, que había formado establecimientos en la entrada del Nootka y en las islas de Cuadra y de Vancouver, cercanas á la América del Norte.

España, que miraba todos aquellos puntos del Nuevo Mundo como pertenecientes al imperio de Méjico, hizo reclamaciones que no fueron atendidas.

Entónces dió orden á las fuerzas navales españolas del mar Pacífico para apresar los buques ingleses que llevaban á China productos de aquellos colonos y se presentó en el canal de la Mancha una escuadra española, á la cual se unió otra francesa en virtud del Pacto de familia.

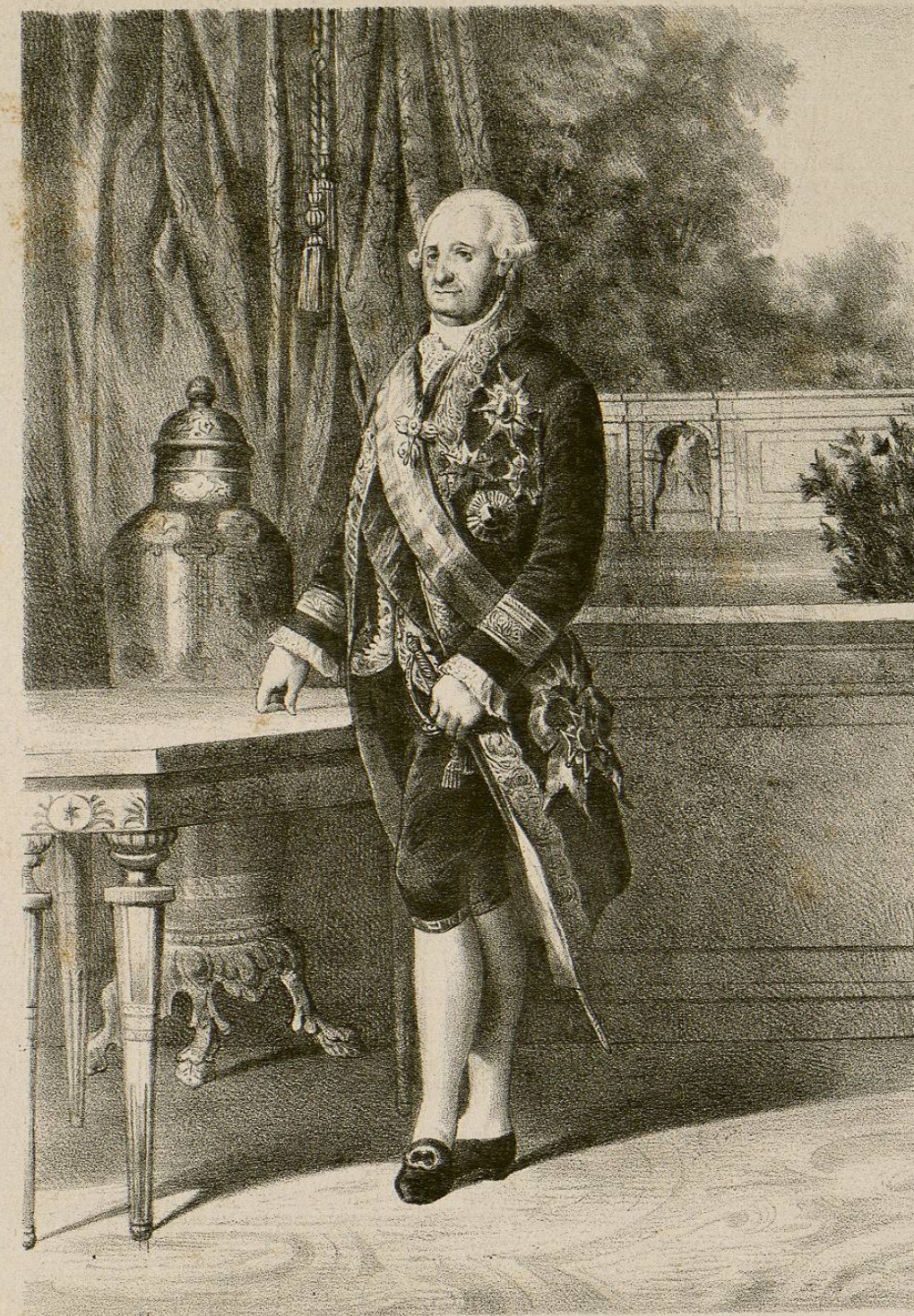
Inglaterra, que ó no estaba entónces preparada á la lid, ó creía inoportuna la pelea por algunos centenares de pieles, cuando estaba comprometida en Paris la suerte futura de todos los reyes y naciones de Europa, se prestó á terminar aquella desavenencia por medio de una negociacion amistosa.

Al año siguiente se fugó Luis XVI de Paris, pero fué reconocido en Varennes, y restituido á la capital.

Suspendióse la autoridad regia hasta que jurase la nueva constitucion, enteramente democrática, que había formado la Asamblea nacional, y cuando la hubo aceptado volvió al ejercicio de los mezquinos derechos que aquel código concedía al trono.

La Asamblea constituyente se disolvió, y se hicieron para el Congreso legislativo nuevas elecciones, que casi todas recayeron en republicanos.

Austria y Prusia se prepararon para hacer la guerra á la revolucion, que por su parte contaba con una nacion fuerte, inteligente y entusiasta.



CÁRLOS IV.

Riera editor Barcelona Robador, 24 y 26